

SUMARIO

Teatro: El suceso de Argamasilla, por Luis Gabaldón. — Los personajes, por Rafael Torromé. La propiedad asóntica, por Lu's Falcato. — En honor de D. Ramón, por Felipe Pérez y González. — Desde París, por Ramón Asensio Más. — Batavillo, por Fray Camil. — Pelique, por Glarin. — Carta de un astrónomo, por Juan Pérez Zúñiga. — Diluvios eclipsésicos, por H. Hernández Bermúdez. — Libros recibidos. — Correspondencia particular. — Anuncios.  
Grabados: Matilde Pral, caricatura de Leal de Camara. — El amor es ciego y Doble eclipse, historietas, por Méndez Álvarez. — Reflexiones y Petición, por Cilla. — Mi amigo el esforzado, historietas, por Gascón. — Soleares, por Sautana Bonilla.

El suceso de Argamasilla.

Desde la estación de Argamasilla al pueblo, hay bien contadas sus dos leguas y media, que recorrimos en una silla de postas, los licenciados Montalbán, Rascón y Buendía, del Concejo de Madrid, un mozo de arrogante continente llamado Mazzantini, muy diestro en saber burlar á reses bravas y el aderezador de lo que abajo quedará firmado. La del alba sería, cuando las mulas se detuvieron ante el portón de la casa solariega del hidalgo D. Juan Antonio Millán, que ya en el porche nos esperaba, con los más de sus parientes y deudos. Llegado que hubimos á la casa de Millán y antes que comenzara el famoso eclipse, apenas reparadas nuestras fuerzas, visitamos la cueva donde el gran ingenio de Cervantes creó, para asombro de propios y extraños, la inmortal figura de Don Quijote de la Mancha. Lengua nos hacíamos del poderoso caballero, cuando sentimos iluminarse débilmente como el romper incierto de un amanecer, el fondo de la cueva, y pareciónos escuchar una quejumbrosa voz que decía: *¡No hay quien venga en mi ayuda y me libre del más infame de los encantamientos!* Buendía aguzó el oído cuanto pudo y nosotros hicimos otro tanto, la voz se dejó escuchar más triste y más desalentada que la vez primera y entonces con el auxilio de una linterna, pudimos reconocer á un hombre escuálido, armado de caballero, que con la punta de su lanza hincada en tierra, trataba en vano de incorporar su cuerpo.

— ¡Es Don Quijote! — dijimos todos — ¡El propio Don Quijote! Le arrojamos una cuerda, y á la verdad, bien poco nos costó sacarle á flor de tierra; tan sacudido de carnes estaba: apenas puesto en pie é sostenido por mis brazos, para evitar el derrumbamiento de aquel cuerpo, Mazzantini se acercó á él, y le dijo: *¡O, mi cara, sento un grande... re d'invitarci in questo momento per mangiare insieme un timbale con sardina, di macaroni, dopo l'eclipse.*

Don Quijote no entendió palabra de tales argumentos, y volviéndose adonde estábamos, nos pidió le saciésemos de aquella mazmorra. Como le preguntáramos por la encantadora Dulcinea, después de suspirar recio dos ó tres veces, nos contestó que un miserable embaucador, adivinador de los misterios de las estrellas, huvó con ella del Toboso, llevándose hasta el yelmo de Mambrino.

El rumor de la gente que pasaba nos volvió á la realidad de las cosas y á lo que motivaba nuestro viaje, por lo que hicimos ensillar un caballo de regular alzada, ya que el pobre *Rocinante* había fallecido en la corrida de Beneficencia; subimos á horcajadas sobre el rocín á Don Quijote, y salimos en dirección del solar donde los astrónomos franceses tenían colocados sus aparatos de observación. No quisimos enterar á Don Quijote de la menor cosa del eclipse, para dejar su imaginación al alcance de la sorpresa.

Quedó Don Quijote á unos pasos de nosotros, entreteniéndose sus razonamientos con unos mercaderes que le hablaron de los proyectos de la Unión Nacional. A la entrada del solar hervía el pueblo en comentarios sobre el eclipse.

A los pocos momentos se inició el fenómeno: los sabios, al pie de los aparatos, iban registrando cuidadosamente todos los contactos.

Quando se acercaba el instante de la totalidad, entró á galope tendido, bien afirmado sobre los estribos y lanza en ristre, Don Quijote, que, así que hubo llegado al centro del solar, refrenó el caballo, y alzándose sobre los estribos, exclamó, dirigiéndose á Deslindres, á quien confundió con el raptor de Dulcinea:

*¡Miserable follón y malandrín. Aquí tienes en tu presencia al sin yelmo caballero Don Quijote de la Mancha, que te reta á singular desafío y que nada tiene que temer del fuego de tus arcabuces, ni de tus máquinas de guerra. Ven aquí y verás la fuerza de mi brazo que dará en tierra con tu encantamiento y sabiduría!* Y dicho esto, arremetió con tal furia, que no dejó un aparato sano, ni una ecuatorial en su sitio. Los sabios co-

rrían asustados y medrosos en todas direcciones, el Sol iba cubriéndose detrás de la Luna, la luz faltaba, las sombras crecían y llegaba el momento de la totalidad. Quando miramos en torno nuestro, Don Quijote había desaparecido. El eclipse había sido total.

De ahí que los astrónomos encontrarán en sus observaciones un error de un segundo, equivocación indudablemente debida al suceso de Don Quijote.

LUIS GABALDÓN

Los personajes.

IRONÍA

Presentó un autor dramático una comedia magnífica, en cuyo éxito la empresa tal esperanza tenía, que gastó nueve mil duros en pintores y *attrezzo*, para que la obra lograse la interpretación más digna.

En las primeras escenas de la comedia, ocurría que un Director general daba espléndida comida, no sólo á sus compañeros en las contiendas políticas, sino al alto personal de sus altas oficinas.

Buscó la empresa comparsas de apariencias distinguidas, y partiquinos modestos pero, de buena familia, que, lavándose las manos y con la camisa limpia, pudieran representar á las gentes más conspicuas.

Para dar á aquel hanqueto el condimento realista, cuando el director de escena que sirviesen la comida del hotel más reputado y famoso de la villa, por lo cual llegó en ayunas toda la comparsa, puesto que se les brindaba aquella ocasión propicia de satisfacer á un tiempo á los dientes y á Talla.

Llega la hora del estreno, se levanta la cortina, tose y se acomoda el público, y la comedia principia.

Después de algunas escenas en que el interés se aviva, aparecen los comparsas ostentando sus levitas, sus brillantes y otras varias pompas de guardarropía.

Un partiquino cesante representa á un hacendista, otro, que fué zapatero, á un título de Castilla; uno, que tuvo taberna, es Ministro de marina; otro, *ex empíer*, hace de Obispo, y un hambriento de rentista; pero, forman en escena tan brillante comitiva que, ocultando lo que son, lo que no son acreditan.

Llega, por fin, el momento solemne de la comida, y el que hace de Director á la mesa les invita, á donde todos se abocan con ansia descomedida de comer pronto, que aun cuando el hambre la justifica, no se complace bien con personas distinguidas.

El Obispo se atraganta y de una frase se olvida, masculando á dos carrillos una chuleta muy rica; el general al ministro media pechuga le quita, y hasta se come un *aparte* que amputa á un verso tres sílabas.

Un jefe de negociado, muy hambriento, que ponía las manos en su ración y en las ajenas la vista, como en el plato anterior le dejarse sin comida, se abalanza como un tigre á lo que el mozo servía, y acota, de un solo tajo, cuatro kilos de tortilla.

Los demás, que aquello ven, se dan codazos, se indignan, cada cual á lo sabroso la mano avarienta inclina. En vano el apuntador levanta la voz y grita, porque, en pos de las tajadas nadie de los versos cuida. El público lo percibe, murmura, protesta, silba, y mientras el pobre autor de los cabellos se tira, en el horror del fracaso el primer acto termina.

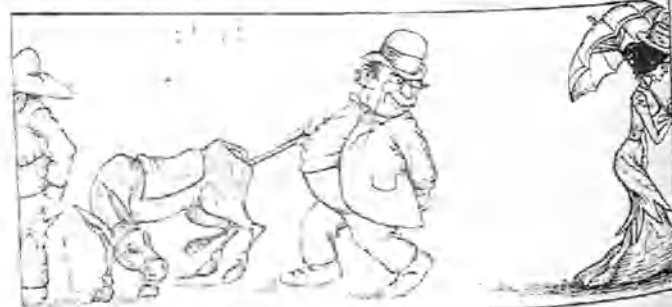
Hablando de lo ocurrido decía después la crítica:

«No se deben dar papeles de personas distinguidas y que representen algo en las esferas políticas, á hombres que tienen el hambre momia ya, de puro antigua.

El que dirige la farsa, si no pretende una grita, use en los casos análogos de personas bien comidas, porque las gentes ayunas sólo abogan por sus tripas y nadie se para en versos cuando las tiene vacías.

RAPHAEL TORROMÉ

El amor es ciego, por MÉNDEZ ALVAREZ



## La propiedad escénica.

Quiero un caso referir,  
que por raro y singular  
á todos ha de extrañar  
y á muchos hará reir.

Se trata de cierto autor  
dramático, de Abover,  
que es hombre que sabe hacer  
comedias como el mejor.

Una obra quiso estrenar,  
en la cual había un paraje  
en que cierto personaje  
tenía que rebuznar.

Pero la escena pudiera  
no salir del todo bien;  
que en el pueblo no había quien  
al burro imitar supiera.

Los artistas se pasaban  
ensayando todo el día,  
y á pesar de su porfía  
ni por Cristo rebuznaban.

El director, hombre diestro,  
dijo un día:—Yo discurro  
que es preciso traer un burro  
que nos sirva de maestro.

Todos el plan aprobaron  
y un borriquito adquirieron,  
cuando rebuznar le oyeron.

Imitarle procuraron,  
con intención muy formal  
de que las gentes creyeran,  
que aquellos rebuznos eran  
tomados del natural.

En vano el cuadro lanzo  
rebuznos á troche y moche,  
y en ese estado, la noche  
del estreno, al fin, llegó.

¿Qué hacer en trance tan duro?  
Que si el rebuzno fallaba,  
todo se desconcertaba  
y el fracaso era seguro.

Llegó el momento fatal...  
y hacia la puerta del foro  
se oyó un rebuzno sonoro,  
auténtico, magistral...

El auditorio aplaudía;  
y un espectador cazurro:  
—¡Qué salga! ¡Qué salga el hurrot!  
¡Qué salga el asno!—decía.

...  
¿Qué quién fué el burro?—Lector,  
yo te juro que es verdad:  
en gracia á la propiedad...  
planzó el rebuzno... el autor!...

LUIS FALCATO



## En honor de D. Ramón.

*Nihil inibi sibi*, dicen que dijo Salomón en el *Eclesiastés*, aunque parece que lo dijo en hebreo.

Otros Salomones dicen que dijo: *Nihil novum sub sole*, y algunos se permiten agregar: *Nihil novum et Coelum*...

Nada hay nuevo debajo del sol... ni antes ni después del eclipse, que tanto nos ha distraído en los pasados días.

El Ayuntamiento de Madrid ha colocado en la fachada de la casa número 1 de la calle de Cedaceros, una lápida para perpetuar, por ese medio, la memoria del insigne madrileño D. Ramón de la Cruz.

La Academia Española se encargó de redactar la inscripción que había de grabarse en la lápida, y que copiada al pie de la letra y al pie de la fachada, dice así:

EN ESTA CASA MURIÓ EN 5 DE MARZO DE 1794  
DON RAMÓN DE LA CRUZ  
EL MÁS FECUNDO DE LOS PORTAS DRAMÁTICOS  
DEL SIGLO XVIII, MAESTRO EN LA PINTURA  
DE COSTUMBRES POPULARES  
LA VILLA DE MADRID  
DEDICA Á SU PRECLARO HIJO  
ESTE RECUERDO

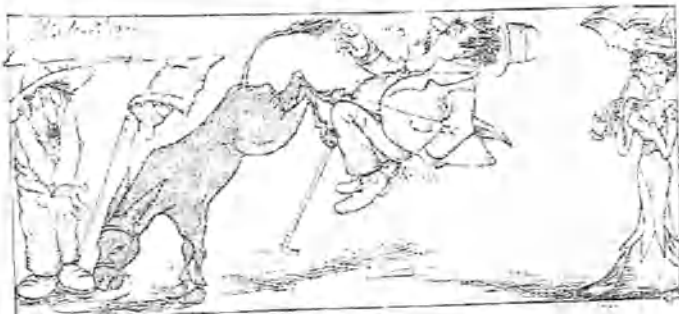
Pero es... el caso, que no es... la casa.

O hablando con mayor propiedad, es el caso que la casa que hoy *existe* en la calle de Cedaceros y tiene el núm. 1, no es la casa que *existía* cuando D. Ramón dejó de existir en ella.

Aquella casa *ha dejado de existir* también.

La piqueta demolidora del ensanche, como la terrible guadaña de la muerte, nada respeta, y particularmente se ensaña en lo viejo echándolo por tierra.

Aquella casa, con otras colindantes, fué demolida hace muchos años. La calle de Cedaceros, «por ese lado» ensanchó algunos me-



tros, quedando no poca parte de los solares de aquellas casas comprendida en la vía pública, y una casa nueva, grande, hermosa y «flamante» se levantó formando la nueva esquina con la calle de Alcalá, haciendo olvidar pronto las antiguas y mezquinas viviendas derribadas.

De modo que...

En cierta ocasión llegó á un pueblecito de Andalucía un forastero, que se quedó absorto viendo en lo más alto de la fachada de las Casas Consistoriales, una lápida que decía:

ASTA LA RAYA DABAJO  
DESTE ASULEJO  
YEGUARON LA SAGUA  
EN LA ARRIÁ DE 18...

—¡Cosa más estupenda!—dijo al alcalde que lo acompañaba. Si llegaron las aguas hasta esa altura el pueblo debió quedar sumergido por completo.

—Le diré asté—contestó el alcalde rascándose pausadamente la oreja derecha. La saga no llegaron más que á la artura de una vara u cosa así; pero como los chiquiyos del pueblo, jugando, estropeaban el asulejo, el Municipio de mi tierra presidencia acordó que lo subieran ande anóra está pa que no le alcansaran piedras ni pelotas.

Por eso he comenzado diciendo que *nada nuevo hay bajo el Sol*.

Yo creo que la Academia pudo redactar la inscripción de la lápida conmemorativa en honor del insigne sainetero, en estos ú otros parecidos términos:

EN ESTA CASA  
NO MURIÓ  
DON RAMÓN DE LA CRUZ...  
PERO CERCA LE ANLIVO

He escrito antes del insigne *sainetero* y ahora caigo en la cuenta de que el alcalde Sr. Allendesalazar, el ilustrado escritor Sr. Cambrónero, algunos periódicos, y no recuerdo si alguien más, en lo mucho que se ha escrito con motivo de la colocación de aquella lápida, llaman repetidas veces á D. Ramón de la Cruz el ilustre *sainetista*.

Yo, por mi parte, no me opongo—¿qué me he de oponer?—pero se me figura que la Academia Española, no ha de mostrarse muy conforme.

Ya eso de *sainetista* me sonaba á mí, porque lo había leído algunas otras veces.

D. José Puiggari, presidente de la Asociación artística arqueológica barcelonesa, al hablar en su *Monografía histórica é iconográfica del traje*—Barcelona, 1886—de los trajes que se usaban en España al finalizar el siglo último, dice lo siguiente:

«Para honra de las bellas españolas (*y de las feás ¿por que no?*), apresurémonos á decir, que salieron libres de los esperpentos revolucionarios (*franceses*), ya que aquel movimiento no tuvo eco en nuestra patria, ni mas resonancia que la de repulsión (*phorror!*) bastándole y sobrándole las *mujerías* (*teniendo más valen las mujerías que los derechos del hombre*) de que son verídicos intérpretes el célebre Goya y el SAINETISTA D. Juan de la Cruz».

Hay que reconocer, sin embargo, que en este punto, la respetable autoridad del Sr. Puiggari, no puede merecer entero crédito: porque si es verdad que llama *sainetista* al *sainetero*, también es cierto que llama *D. Juan* á D. Ramón y... eso ya pasa de *mujería*.

Los partidarios de la palabra *sainetista* pueden contar, no obstante, con una autoridad indiscutible: la de D. Juan Eugenio Hartzenbusch, que con un juicio crítico de D. Ramón de la Cruz, escrito para un certamen del Liceo, en 1840, y publicado al frente de la colección de *sainetes* del mismo escritor, formada por Durán, le llama «nuestro filósofo *sainetista*».

Pero la Academia Española no puede, no debe transigir con esta palabra, si no ha de quitar crédito y autoridad á la edición última y recientita de su *DICCIONARIO*, 1849, *diccionario* edición, como «*rezas*» su portada.

En la columna 1.ª de la pág. 891 de nuestro léxico oficial se lee:

«**Sainete** m. d. de **Sain**. Pedacito de gordura, de tuétano ó sesos que los halconeros ó cazadores de volatería dan al halcón ó á otro pájaro de cetrería, cuando los cobran. || Salsa que se pone á ciertos manjares para hacerlos mas apetitosos. || Pieza dramática jocosa, en un acto y, por lo común, de carácter popular, que suele representarse al final de las funciones teatrales...»

Como se ve, la primera parte de esta definición es de caza y la última es de *pesca*.—La Academia no se ha enterado todavía de que hay teatros del género *chico* donde se dan funciones por horas y en que *suelen representarse sainetes* que forman toda la *función teatral*.

Pero vamos á lo que importa.

Después de la definición del *sainete* se lee:

«**Sainetero**, m. Escritor de *sainetes*».

Así, ni mas ni menos. *Sainetero*... y nada de *sainetista*.

De modo que cuando alguno de ustedes oiga ó lea esta palabra, úsela quien la use, pueden recordar la segunda *suculenta* acepción de *sainete*—*salsa*, etc.—y preguntar, empleando un modismo vulgarísimo:

—¿*Sainetista?* Y eso ¿se come con cuchara?

Reflexiones, por CILLA



—Dirá el señor cura, y con razón, que nunca acabo de arrepentirme, porque todos los años traigo el mismo pecado.

Desde París.

(NOTAS DE MERCADERA)

¡Que poquísimas ganas tengo de trabajar esta semana! Confieso ingenuamente que el empezar la crónica presente me ha costado fatigas horrosas y apuros y sudores, pues son muchas las cosas que tengo que contar á mis lectores, y, por desgracia para mí, me siento en uno de esos días de mortal desaliento que solemos tener las medianías... ¡Y Sinésio Delgado me perdone el haberle recordado! Pero en fin, no hay remedio. Dios dispuso las cosas á su modo...

Mi amigo el esforzado, por GASCÓN



1.—Siempre que llama á la puerta de mi casa se queda con el alambre de la campanilla en la mano.



2.—¡Cuánto gusto!... —Pues maldito el que á mí me dan estos apretujones.

y aunque me abruma el tedio, á despecho del tedio que me abruma, tengo por fuerza que olvidarlo todo para coger la pluma y hacer, con ó sin gana, la carta de París de esta semana. Saldrá mal, de seguro, porque, si estando alegre y confiado me veo en un apuro para hacer un sencillo pareado... ¡supóngase el lector lo que haré cuando estoy de mal humor! Conque... escúchenme ustedes, si quieren escuchar vulgaridades, y que el Señor les coime de mercedes y les libre de malas voluntades... porque yo una vez puesto, ya no cedo. ¡Pues no faltaba más! ¡Quién dijo miedo!

La Exposición se anima por instantes y lo que ayer no tuvo visitantes y se hallaba desierto por entero hoy, en cambio, parece un hormiguero. De Alemania, de Italia, de Inglaterra, de Grecia, de Turquía.



3.—Precauciones que toma mi mujer para evitar que la trituré.



4.—¡Atiza! Ni que fueran dos guñapos.

de todos los rincones de la tierra llegan nuevos viajeros cada día. Alegres y animosos en París desembarcan victoriosos, y he notado que á más de un caballero le ofende que le llamen extranjero, y en cuanto pisa Francia dice que es parisién, por de contado, lo cual sólo demuestra su ignorancia, porque á doscientos pasos de distancia se nota el parisién... mixtificado. Otros, en los que encuentro más nobleza, declaran con franqueza que vienen, por cariño á los franceses, de remotos países, á gozar de París un par de meses y á tirar un puñado de louis. Á sembrar el dinero que cae como en el surco la semilla... para dar de comer á un pueblo entero filósofo y obrero que sabe que el trabajo no le humilla.



5.—Ya es sabido, un mueble toto por cada visita que nos hace



6.—Pero hombre, ¡qué fuerzas digestivas! Te las comes sin abricas. —Es que las ostras me repugnan, y así me parece que las tomo en seillos.

Entre las construcciones diferentes que pueden admirar los visitantes, merecen dos lugares preferentes, por ser las más sencillas y elegantes, el Gran Palacio, construcción hermosa, que ocupa inmenso espacio y la nave central, linda y graciosa, del Pequeño Palacio. Columnas, balaustradas,

Soleares, por SANTANA BONILLA



—¿Por qué me llamas infame! si lo que tú y yo hemos hecho no se lo ha contado á nadie?

Doble eclipse, por MÉNDEZ ALVAREZ



- 1 -



- 2 -

preciosas esculturas en soberbios pilares colocadas, y herrajes y pinturas adornan sus espléndidas fachadas... Pero todo tan bien distribuido, tan admirablemente colocado, tan artísticamente repartido, que el que lo vé se queda sorprendido, rendido, fascinado. Y no piensen ustedes que exagero. ¡Nadie me dejará por embustero!

Y no paso de aquí pues me parece que va á faltarme espacio

para hablar como el caso se merece del Pequeño Palacio. De él hablaré en la próxima semana, aunque no tenga gana, pues ya saben ustedes que hoy me siento en uno de esos días de mortal desaliento que solemos tener las medianías... ¡Y Sinésio Delgado me perdone el haberle recordado!

RAMÓN ASENSIO MÁS

Baturrillo.

Ya pasó el eclipse, como pasa todo, incluso las monedas falsas. Los astrónomos de lance, que nos hablaban del Sol como de Silvela, quiero decir, con familiaridad, ya no volverán á darnos el telescopio (léase lata), sobre si la Luna se interpone entre el Sol y la Tierra y sobre si durante el eclipse

«todas huyeron tímidas las aves».



- 3 -



- 4 -

Apuesto doble contra sencillo á que muchos de esos astrónomos de pega, no saben á qué se debe las máculas y fúculas del inmenso esférico. ¡Ah, señores, el Sol, que parece eterno, también envejece! Esas manchas son signos de decrepitud. Dentro de algunos millones de siglos—ó tal vez de años—puede que se apague como se apaga un brasero. He leído—no recuerdo dónde—que el Sol, comparado con otros astros, cuya luz no llega hasta nosotros, es un grano de anís.

Lisardo en el mundo hay más.

En el mundo sideral. Yo tengo algo de inca en eso de adorar al padre del día, como le llamaron los poetas de otro tiempo. Le amo con amor fisiológico, quiero decir, con alegría sana y vigorosa. En Londres, donde el Sol no se deja ver durante todo el invierno, hubiera yo dado por un pedazo de este sol de España, tan risueño, tan parlero, tan musical, lo que daba Becquer por un beso. El Museo Británico estaba al doblar de mi casa

- 6 -

Petición, por CILLA



—Quisiera ir á su casa para decirle que... —Imposible. He suspendido las audiencias hasta después del verano...

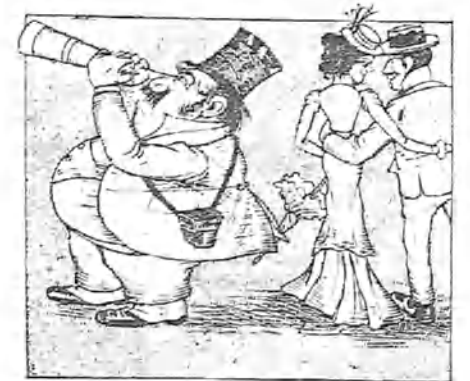
y tenía yo que ir á tientas á las doce del día, para dar con él. Una de las causas de lo mucho que se estudia en los países nebulosos se debe, sin duda, á la falta de sol. ¿Quién se queda en casa, en estos días luminosos que convidan á pasearse bajo el cielo azul, á respirar el oxígeno de esta atmósfera diáfana como si fuera de gas? En cambio, en aquellos climas sombríos y húmedos no desea uno apartarse de la chimenea. El Sol vivifica y cura; muchos médicos recetan á sus enfermos que tomen el sol. Nada de drogas; sol, mucho sol, el de la mañana, sobre todo.

Si el Sol dejase de brillar una semana, la Tierra se convertiría en un cementerio.

Su energía, trasformada en fuerza mecánica, hace brotar las plantas, de las que se nutren los animales; calienta las entrañas del globo terráqueo, mueve los mares, hace correr sangre por los pulmones del mundo. Por eso le amo y á veces me atrevo á decirle con spronceda:

«¡Párate y óyeme, oh Sol, yo te saludo!»

FRAY CANDID



- 5 -



- 6 -

## Palique.

Si desafían á San Juan Bautista, como dice con mucha gracia el Sr. Poveda, ¿cómo no han de atreverse con todos nosotros esos *ne-númbos* y *crisantesos* poéticos, jóvenes nenúfares y memo-*libales*? Un señor Orbe (á quien no tengo por memo liliál, pero sí por bastante nenúfar), un señor Orbe, que abarca, como ustedes ven por su apellido, mucho más de lo que podrá apretar, se dedica á Diógenes de críticos y anda buscando uno que le llene; y no lo encuentra.

El quiere un crítico que se deje de Valera y otras antiguallas, y hable de los muchachos que escriben como en los peores y más bobalicones tiempos del romanticismo cursi y casero. No comprende el Sr. Orbe que él y los suyos son, estéticamente, lo mismo que las modistillas sentimentales que comían fósforos y leían á Pérez Escrich por entregas. Todos esos poetas de que Orbe quiere que se hable, parecen uno mismo; dicen siempre lo mismo, esto es, nada; no tienen la menor idea original, no tienen corazón, sino un ripio cardíaco; no saben nada de nada; son muy sosos, tardos de entendederas, serios como... colchones; ni siquiera le entienden á uno cuando se burla de ellos con la finura del mundo. Y en letras de molde todavía disimulan algo la bohería. Pero cuando esos señoritos alternan con el vulgo de los mortales en teatros, casinos, cafés, paseos, etc., la gente, por unanimidad, los clasifica entre los tontos, sin atenuaciones.

Cuando en una familia hay un autor de esos, todos los amigos de la casa, y los mismos miembros de la familia, lo consideran como una desgracia. Un *modernista* de esos es «un chico de quien no se puede hacer carrera». Conozco personalmente á varios de la clase, y sé á qué atenerme.

¿Cómo quiere el Sr. Orbe que la crítica hable de las ocurrencias en verso y prosa de esa parte abortiva de la humanidad doliente?

Todas esas diabluras literarias imitadas de la *mode de Paris*, no son ni más ni menos que los cucillos exagerados y las cazadoras y gabanes ó muy largos ó muy cortos de nuestros más cucurbitáceos siete-mesinos; todo ese falso modernismo es el modo de ser siete-mesinos los niños cursis y azoquetados que no tienen dinero para hacerse ropa extraordinaria.

*Clarín*, dice Orbe, algo hizo en otro tiempo, pero ya está echado á perder. No habla más que de los literatos viejos, y lo alaba todo en ellos. Además, *Clarín* declara que no lee; y el que no lee no sirve.

¿Que no lee? ¿Dónde he dicho yo semejante cosa? Pero, hijo, ¿si me paso la vida leyendo!

Lo que yo no leo es el montón de libracos hueros, hospicianos, que

se van acumulando sobre las mesas de mi despacho, como aluvión abrumador.

No los leo, pero los huelo.

Así como hay olor de santidad, hay olor de tontería.

Ahro: *huelo Nimbos para Fulano. Para... el diablo que te les!*

No admite Orbe, que de buena fe se alabe *Morsamor* de Valera.

Pues, sí, señor; juro que *Morsamor* me gusta de veras; y creo más, creo que tengo mejor gusto que Orbe, y que por *imitaciones* de varias clases, es por lo que el Sr. Orbe no es capaz de penetrar las bellezas de *Morsamor*.

Menéndez y Pelayo, en su último libro, que es un examen de la *Propaladia* de Bartolomé Torres Naharro, dice de Valera, que es el más excelente y más clásico de los escritores españoles serios; y para describir una fiesta célebre de la corte de León X, con motivo del viaje famoso á Roma de Tristán de Acuña, el gran crítico deja la palabra á Valera, y copia una hermosa página... de *V. esultar*.

Pero, ¡Menéndez y Pelayo á Orbe!

¡Leoncitos á Orbe!

Menéndez y Pelayo tampoco le sirve. No le niega que sabe. (Sería lo mismo.) Pero... D. Marcelino escribe libros de muchos tomos y muy exotéricos.

¿Exotéricos los libros de Menéndez y Pelayo? ¡Pero si son como el agua! Claros, transparentes, para que los entienda todo el mundo.

¡Vaya un *literati* que está hecho el Sr. Orbe, que le parece empresa de titanes el leer la *Historia de las Ideas Escenas*! Por fas ó por nefas, el Sr. Orbe no encuentra *culpa* en España.

Pero, es el caso, que en el número siguiente del periódico en que Orbe escribe, aparece un Sr. Jiménez, diciendo que, en efecto, la plaza está vacante y que debe ocuparla... ¡el mismísimo Sr. Orbe!

¡Hombre, es verdad!

Si, señor Orbe, anime usted.

Sea usted el crítico que nos hace falta. Comprenda usted un bastón con borlas, como el de un gobernador; á ver si tenemos de una vez una enérgica autoridad literaria. Los gastos de representación se los pagará á usted el Sr. Jiménez.

Nota. No se leen réplicas. No son de *Leoppper* la faja del papellito que el Sr. Orbe sabe.

CLARÍN

## Carta de un astrónomo.

Años hace, señora Benita, dí mi amor á su niña de usted y por culpa de usted la maldita me dijo estas frases que no olvidaré:

«Señor mío, decirlo es sensible. da un astrónomo poco de sí, y si acepto su amor es posible que más de una amiga se burlé de mí.

Los astrónomos miran de lejos y no es fácil que sientan amor y hasta suelen morir de viejos pensando en la luna y en la Osa mayor.

No se empeñe en volver á la carga, pues mi madre es muy bruta y sé yo que del trompis que un día le larga ve usted las estrellas cual nunca las vio.

Esto Carmen me dijo en mal hora sin fijarse en que me iba á matar,

porque astrónomo y todo, señora, yo tengo el redaño como es regular.

El desprecio sufrí de la Indiana que en el alma me dió un puntapié, y á un bizarro oficial de marina su amor entregó por consejo de usted.

Varios años, Benita endiablada, transcurrieron de entonces acá; la Marina quedó malparada por tristes motivos que usted sabe ya, y ahora que hemos quedado lucidos apañando un eclipse de sol, hoy que en juega solar van unidos el sabio extranjero y el sabio español, y al astrónomo no se le mira como á un ente de triste papel sino que hay que pulsarle la lira y echar cuatro copas de vino con él,

¡hoy me viene usé á hacer la mamola y á decirme que «aquello pasó y que no hay en la escena una sola persona que tenga la gracia que yo que los ojos de Carmen al cabo son los ojos de brillo sin par y yo soy una estrella de rabo que pronto y de cerca los debo mirar que por no con la ciencia se aviene y la cobra tan grande afición que hasta el nombre del perro que tiene de aquítu adelante será *Flamarión*».

Pues ahora que aplausos acopio, la desprecio mil veces y mil. Va me quedo con mi telescopio y usted con su niña graciosa y gentil!

JUAN PÉREZ ZÓRIGA

## Diálogos eclipseásticos.

Si mucho ha preocupado el eclipse á los astrónomos, no ha preocupado menos á las gentes legas.

Lo mismo en los barrios del centro, que en los de la periferia, multitud de personas armadas con cristales ahumados ó de colores, resistían á pie firme los rayos del sol, esperando el momento del eclipse.

La gente buscaba los sitios amplios desde donde disfrutar cómodamente del espectáculo, y eran de ver, ó mejor dicho de oír, los diálogos pintorescos que se cruzaban sobre el tema del día.

—Oye, chica ¿no sacas la ecuatorial al sol?—decía una chula á otra con retintín.

—Qué ha de sacar—replicaba otra,—eso lo guarda para cuando esté á oscuras.

En otro grupo comentaban los viajes organizados.

—¿Has visto—decía uno—los trenes que han salido pa el *solis*?

—Sí... pero esa gente es mema... No saben que tardarán en llegar lo menos 200 años...

Los observadores no cesaban de ahumar cristales, graduando el espesor de la capa negra para ver bien el fenómeno celeste.

—Tendría gracia que nos tirásemos una plancha—decían muchos,—y que no *saltase* el *eclipse*.

—Los sabios no pueden equivocarse—replicaba otro,

—Pues ellos son los que se equivocan, porque como nosotros no solemos decir esta boca es nuestra, difícil será que nos coja nadie en un renuncio.

—Oye,—le decía un marido á su mujer—trae un cubo lleno de agua.

—¿La saco limpia?..

—No, mujer, ¡do ves que hasta los cristales hay que ensuciarlos para verlo mejor?

Entró tanto los astrónomos callejeros no perdían un detalle del eclipse. El avance de la sombra sobre el disco solar era saludado con exclamaciones, gritos, llamadas de los unos á los otros, y todo género de bulliciosos extremos.

—¡Una estrella! ¡un estrella!—vociferaba la gente al columbrar un planeta por la parte Sur.

—¿Será eso lo que buscan los sabios y no han logrado encontrar?

—No, ellos andan á caza de un planeta que está muy cerca del sol, pero no dan con él.

—Entonces no son sabios... serán agentes de policía disfrazados.

Un sujeto decía muy apurado á su esposa:

—Sube, sube á ver lo que hace el gato.

—¿Es que quéls mandar las observaciones al señor de Flamarión?

—No, mujer; lo que quiero es que no nos deje la comida a la sombra.  
 No faltaba en los grupos el sabio de afición que refería, como si los hubiese visto, todos los eclipses habidos desde la creación del mundo.  
 —El sol—decía—es una riqueza inmensa. Si pudiésemos recoger su fuerza y su calor, seríamos opulentos.  
 —Ahora me explico el por qué te arrimas tú al sol que más calienta—le replicó su interlocutor.

Un poeta del arroyo, le decía a su novia:  
 —Ya ves, en cosas de amor sucede arriba lo mismo que abajo... A lo mejor se apaga la luz...  
 A un joven que estaba mirando el eclipse, se le eclipsó el reloj sin que le valiese el cristal ahumado de que se servía.  
 Cuando lo echó de menos gritaba como un desesperado, mientras un amigo suyo procuraba consolarle diciendo:  
 —A los ladrones les ocurre lo que a los sabios; sólo sacan provecho en la obscuridad.  
 Muchas personas tendían en el suelo paños blancos para ver si sobre ellos se dibujaban sombras, y permanecían muy atentas observando cuidadosamente.

—Esto es una engañifa del gobierno—decían al cabo, hartos de no ver nada sobre la blanca superficie.  
 Una chula le decía a otra:  
 —¿Pero no sacas el barreño pa ver el sol?  
 A lo que contestó un astrónomo contiguo:  
 —¿Es que se va usted a meter dentro?

R. HERNÁNDEZ BERMUDEZ.

LIBROS RECIBIDOS

AGUA MENDUA, por D. Alfonso Terán.—De poesías de distintas clases y de cantares, se compone el último libro del celebrado poeta. Tiempo hace que se considera a Tovar como maestro en el arte difícilísimo de hacer cantares poetas en cuatro versos, que dijo alguien. *Agua mendua* confirma esta lisonjera opinión. Demuestra que su autor es un verdadero poeta, digno de ser imitado.  
 VIOLETAS, por D. Luis de Terán.—Terán es un escritor consciente, de los pocos que tienen plena conciencia de su labor. Los cuentos que el tomo *Violetas* contiene, presentan el atractivo de la tristeza vasca. El artista Benavente, en su magnífico prólogo, dice que el cuento ha de ser, como el soneto, según Rossetti: *el monumento de un instante*. Así lo entiende también Terán, y así son sus cuentos: sensaciones admirablemente expresadas, paisajes grises, nostálgicos y sentimentales idealizados por la fantasía del autor. Esto es el libro *Violetas*, un hermoso libro de estilo delicadísimo.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. O. M.—Valencia.—No negaré que la poesía que me remite sea *imparcial é inofensiva*, pero sí afirmo que carece de gracia y que no está versificada con la corrección que usted y yo deseamos. Mande otra a ver si pega.  
 M. D.—Olmado.—Como mal hecha no lo está, pero tiene poco saliente cómico.  
 S. H. L.—Sevilla.—  
*Dejad tranquilos yocer  
 a los que con Dios están.*

TROMPETILLA.—Se publicarán algunos cantares.  
 L. UFERIO.—Tortosa.—El cuento es viejo, la forma floja. Fijese un poco; mande otra cosa.  
 K. T. QMENO.—Madrid.—No leo *La Saeta* hace mucho tiempo. Supongo que su bilis no procede de MADRID CÓMICO, sino de *Vida Galante y Et Iris*, que le han puesto el pie encima. *Por lo demás* me tiene todo sin cuidado. Todo eso es ladrar a la luna.  
 E. F.—Valladolid.—Tome usted otro camino, pues juro ¡Voto a bríos!—que no se hacen para vos, ni el lápiz ni el difumino.  
 C. M. N.—Temo que sus cantares no se van a entender. Abusa usted mucho de palabras dislocadas.  
 S. T. P.—Madrid.—¡Una décima a Flammarión! Le parece a usted chico el saludo en verso de Don Teodoro Lorente. No digo que el de usted sea peor, pero tampoco es bueno.  
 E. Q. S.—No se moleste usted amigo, que no le da por ahí el naipe.  
 ZALDE.—Sevilla.—Convenga usted conmigo en que el soneto no dice nada. No basta versificar bien, es indispensable *otra cosa* que entienda usted?  
 G. B. A.—Madrid.—Sus *Soleares* parten el alma por lo tristes. ¿No sabe usted como se titula este semanario? Siento no poder publicarlas por que me gusta quedar bien con las señoras.  
 L. P. P.—Madrid.—Tampoco sirve.  
 LATERO.—Coruña.—Me resultan sus *Flores*, flores de trapo y usted un majadero. ¿He dicho algo?  
 PASTANA.—Madrid.—Nada del eclipse admito ¡qué le diga la razón!... Pues que ya me tienen frito, la luna, el sol y el bendito, don Camilo Flammarión.  
 J. J. V.—Madrid.—Admitidas las quintillas que recomienda. Y usted cuándo envía algo?  
 L. O. S.—Madrid.—

Para jardines, Valencia  
 para típias, la Dardicee.  
 para toreros, Guarrita  
 y para brutos usted.

NOTA.—Quedan por contestar muchas cartas. En el número próximo habrá una continuación.

MADRID: 1900.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4.

PERLA ESTOMACAL

de R. FERNÁNDEZ MORENO. Único medicamento sin calmantes que cura radicalmente las acedias, dispepsias, gastralgias, catarros y úlceras del

estómago e intestinos, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones. Caja, 10 reales; por un real más se remite. Madrid, Sacramento, 2, farmacia, y de venta en las de Arenal, 2, y principales de España. En Barcelona, Dr. Andreu.

**BERNABÉ MAYOR**  
 3, ESPARTEROS, 3  
 MADRID  
 Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.  
 Ferreteria, metales, utensilios de cocina.  
**LUZ ELÉCTRICA**  
 Catálogos ilustrados gratis.

**DR. GARRIDO**  
 Para curarse del estómago, Luna, 6. Todo lo demás es perder el tiempo. Y para comprar específicos y recetas. Luna, 6. Estas bien despachadas y al menor precio razonablemente posible. Y aquéllos a precio de almacén ó por mayor. Ej.: *Magnesia Bishop*, 1.35. Y así de todos, por lo que los despiertos compran aquí. A provincias por correo, y en Madrid a domicilio.  
 Teléfono 111.—Luna, 6.

Lo mejor para el pelo  
**PETRÓLEO GAL**  
 Perfumería de Echeandía,  
 2, ARENAL, 2

SERVICIOS FÚNEBRES  
*La Soledad*  
 DESENGAÑO - 10.  
 TELÉFONO 205

YO LO HARÍA

Si se pudiera escribir pondría en él, que MARTINEZ es el mejor camisero.

2 - SAN SEBASTIÁN - 2



El secreto de la belleza está en el cuidado oportuno de los dientes propios. Estos son para la cara lo que son las flores para el jardín. Sólo con el Odol pueden conservarse blancos y sanos.

Precio Ptas. 2 y Ptas. 350.

Invitación para participar a la próxima

## Gran Lotería de Dinero.

500,000

Marcos 11,764,525

Pesetas 19,000,000.

El premio mayor puede ganarse en una sola jugada en la Gran Lotería de Dinero...

1	300000
1	200000
1	100000
2	75000
2	70000
1	65000
1	60000
1	55000
2	50000
1	40000
1	30000
2	20000
26	10000
56	5000
106	3000
206	2000
812	1000
1517	400
36952	155
10490	300, 200, 134,
104, 100, 73, 45, 21.	

1 Billete original, entero: Pesetas 10  
1 Billete original, medio: Pesetas 5

14 de Junio de 1900

### Valentín y Cia.

Hamburgo.

Para orientarse se envía gratis y franco el prospecto oficial a quien lo pida.

EL

# ESTÓMAGO ARTIFICIAL

## Ó POLVOS DEL DR. KUNTZ

Este **REMEDIO**, bajo la forma de **POLVOS**, puede titularse **MARAVILLOSO** por lo **RADICAL** de sus curaciones y sus componentes están combinados con arreglo a la última palabra de la ciencia. Todos los enfermos se curan, por crónica que sea la dolencia. Nunca falla. Triunfa siempre, aun en los casos más rebeldes. **Enfermos** hay que se han curado con una sola caja. Comprobado este remedio en la clientela privada de distinguidos médicos, podemos asegurar el **EXITO** cada vez que se tome. No daña, por mucho que se use. No hay **Dispepsia, Gastralgia ó Diarrea** que resista al **ESTÓMAGO ARTIFICIAL**. Cuando han fracasado todos los demás **digestivos**, el único remedio positivo que puede devolver la salud es el **ESTÓMAGO ARTIFICIAL Ó POLVOS DEL DR. KUNTZ**.

**CURA** las dispepsias estomacales en sus diferentes formas atónica-catarral flatulenta y la dilatación de estómago, haciendo desaparecer el peso en el estómago, hinchura, la hinchazón de vientre, los eructos agrios ó acedías, gases, sed después de las comidas, pesadez de cabeza, vértigos, mareos, ansiedad, soñolencia, opresión, repugnancia á las comidas, etc., bien proceda de comer alimentos pesados, exceso de alimentación, exceso de vino y alcohólicos, hábito sedentario y vida poco activa, falta de reposo después de comer ó hacerlo bajo la influencia de disgustos morales que preocupan el ánimo, ó comer precipitadamente, como los empleados, hombres de negocios, etc., y toda persona que trabaje mentalmente después de las comidas.

**CURA** las dispepsias intestinales, cesando pronto las **DIARREAS** con ó sin cólicos ó pujos por antiguos que sean; hace desaparecer el olor fétido y restablece la normalidad del intestino, produciendo deposición natural; tal efecto lo realiza **El Estómago Artificial**, porque destruye los **microbios** productores de la infección intestinal, adquirida, bien por mala calidad de alimentos y de las aguas de beber, insalubridad del terreno, casa ó lugar donde se habite ó predisposición individual á infeccionarse: así todo estado diarreico debe ser tratado por **El Estómago Artificial**, el cual actúa también como **Preventivo**.

**CURA** la disenteria con flujo de sangre, diarrea catarral con ó sin mucosidades, por crónica que sea, evitando adquirirla á las personas que anualmente la padecen.

**CURA** la gastritis, gastralgias y catarro crónico del estómago, biliosidad y el estreñimiento por falta de secreción biliar, suprimiendo la flatulencia ó desarrollo de gases procedente de la fermentación del alimento en el estómago é intestinos

Se vende en las principales farmacias y droguerías á ptas. 7,50 la caja; 4 ptas. la media caja, y en la farmacia Gayoso (sucesor de M. Miguel), Arenal, 2, Madrid, y Centro de Especialidades, Rambla de las Flores, 4, Barcelona. **BUENOS AIRES: Manuel Matesanz, Avenida de Mayo, 1.080. MONTEVIDEO: Manuel Matesanz, calle Yi, 303.ª - VA POR CORREO. - PIDANSE FOLLETOS.**